

brimientos, de conquistas, soñais con la inmovilidad! En este siglo de la esperanza proclamais la desesperacion! Arrojaís á tierra, como hombres de trabajo cansados, la gloria, el pensamiento, la inteligencia, el progreso, el porvenir, y decís: Ya basta! no vayamos mas lejos! detengámonos! Pero no veis, pues, que todo va, viene, se muere, crece, se transforma y se renueva al derredor de vosotros, arriba y abajo de vosotros!...

¡Ah! Quereis deteneros! Y bien! Os lo repito con un profundo dolor, yo que odio las catástrofes y los derrumbamientos, os lo advierto con la muerte en el corazon.—¿No quereis el progreso?—¿Tendreis las revoluciones! A los hombres insensatos que dicen: La humanidad no marchará, Dios les responde haciendo temblar la tierra!

LA MISERIA.

SEÑORES:

Vengo á apoyar la proposicion del respetable M. de Melun, y comienzo por declarar, que una proposicion que abrazase el artículo 13 de la Constitucion, todo entero, seria una obra inmensa, bajo la cual sucumbiria la comision que quisiese emprenderlo. Pero aquí no se trata mas que de preparar una legislacion que organice la *prevision* y la *asistencia* públicas. Así es como el autor del dictámen ha comprendido la proposicion; así es como yo tambien la comprendo, y en ese sentido voy á apoyarla.

Permítanseme, con motivo de las cuestiones políticas que implica, y á las cuales da

lugar esa proposición, algunas palabras explicativas.

Señores: he oído decir constantemente, y acabo de oírlo aquí mismo á mi lado, en el momento en que iba á subir á la tribuna, que no hay dos modos de restablecer el orden. Decíase que en tiempo de anarquía no hay mas remedio eficaz que la fuerza; que todo lo que no fuese la fuerza, era estéril y en vano; y que la proposición del respetable M. de Melun, así como todas las demas proposiciones análogas, debían hacerse á un lado, porque no son —repito la palabra que se ha dicho— mas que socialismo disfrazado.

Yo creo que esta clase de palabras son menos peligrosas dichas en público, en esta tribuna, que murmuradas sordamente; y si cito estas conversaciones, es porque tengo la esperanza de traer á este sitio, para que se expliquen, á los que han manifestado las ideas que he señalado. Así, señores, podremos combatir las á la luz del día.

Añadiré que se decía aun mas... (Interupciones.)

Una voz á la derecha.—¿Quién? ¿quién? Nonbrad al que ha dicho eso.

Victor Hugo.—Que los que han hablado así se nombren á sí mismos, ese es negocio suyo; que tengan en la tribuna el valor de sus opiniones, sea cual fuere su color; en cuanto á mí, no me toca revelar nombres que se ocultan. Las ideas se manifiestan; yo comba-

to las ideas; cuando los hombres hagan lo mismo, combatiré á los hombres.

Ya lo sabeis, señores; las cosas que no se dicen en voz alta, son frecuentemente las que causan mas daño. Aquí las palabras públicas son para la multitud; las palabras secretas son para influir en los votos. Pero yo no quiero, no, palabras secretas cuando se trata del porvenir de un pueblo y de las leyes de mi país. Las palabras secretas, las revelo; á las influencias ocultas, les arranco la máscara. Este es mi deber.

Voy á continuar.

Los que hablaban de aquel modo añadían —que hacer esperar al pueblo un acrecimiento de bienestar y una disminución en sus males, era prometer lo imposible; que, en una palabra, no habia otra cosa que hacer mas, que lo que habia sido ya hecho por todos los gobiernos en circunstancias semejantes; que todo lo que no fuese eso era declamación y quimera, y que para lo presente bastaba la represión y para el porvenir la compresión. (Agitación. Varias interpelaciones son dirigidas al orador.)

Me aplaudo, señores, de que mis palabras hayan hecho estallar todas las protestas que escucho.

El Presidente.—La Asamblea ha manifestado, en efecto, de una manera bastante clara sus sentimientos. El presidente no tiene, pues, que añadir nada.

Victor Hugo.—No es ese mi modo de comprender el restablecimiento del orden.

Una voz.—Ni de ninguno.

M. de Montalembert.—Con el permiso del respetable M. Victor Hugo, me tomo la libertad de declarar...

Muchas voces.—A la tribuna! A la tribuna!....

M. de Montalembert, en la tribuna.—Me tomo la libertad de declarar, que la asercion de M. Victor Hugo es tanto mas inexacta, cuanto que la comision ha opinado unánimemente, aprobando la proposicion de M. de Melun; y la mejor prueba que puedo dar de esto es, que ha escogido al autor mismo de la proposicion para que estendiese el dictámen.

Victor Hugo.—El respetable M. de Montalembert responde á lo que no he dicho yo. Ni una palabra he pronunciado acerca de que la comision no hubiese opinado unánimemente para adoptar a proposicion de M. de Melun. He dicho tan solo y sostengo, que he oido con bastante frecuencia, sobre todo en el instante en que subia á la tribuna, esas frases á que he aludido, y ademas, que juzgando como juzgo que las objeciones, mientras mas solapadas, son mas terribles, me asistia el derecho, más diré, tenia el deber de desembozarlas á despecho de ellas mismas, para anonadarlas despues. Ya veis que la razon está de mi parte, pues á la primer palabra salida de mi boca, huyen avergonza-

das y se desvanecen. (Ruidosas reclamaciones á la derecha—algunos miembros interpelan acaloradamente al orador en medio del estrépito.)

Presidente.—El orador no ha nombrado á nadie en particular, pero sus palabras envuelven una personalidad colecticia para todos, y en esta interrupcion me parece ver un mentís general de esta asamblea. Os invito á volver á la cuestion.

Victor Hugo.—No acepto el mentís de la asamblea, ni lo aceptaré hasta tanto se ayoje en sus actos y no en vanas palabras. Ya veremos en los tiempos venideros si tengo ó no tengo razon; ya veremos si se hace otra cosa que no sea reprimir y comprimir; veremos si el pensamiento que hoy se rechaza, la idea de que hoy se reniega no es la política que se adopte mañana. En todo caso, paréceme que esta unanimidad que acabo de provocar en la asamblea es una cosa escelente....

Trasportemos, señores esta clase de objeciones fuera de este recinto, y despojémoslas del interes que tienen para los miembros de la asamblea. Y ahora sentado esto, permítaseme decir que, por lo que á mí toca, no creo que el sistema que contiene una sola accion, la de reprimir y comprimir, sin pasar mas adelante, sea el único modo eficaz de restablecer el orden. (Interrupcion.)

Antes del 13 de Junio (de 1849) una especie de tormenta agitaba á esta asamblea.

Vuestro tiempo tan precioso se perdía en estériles y peligrosas luchas de palabras; todas las cuestiones, aun las más serias, las más graves y fecundas, desaparecían y se olvidaban ante la batalla á cada momento sostenida en la tribuna, y siempre viva en las calles. Pero hoy que la calma se ha restablecido, y el terrorismo no existe, la victoria es completa. Es preciso, pues, aprovecharnos de ella. Sí, es preciso saber aprovecharla. Mas sabéis cómo?

Es preciso utilizar el silencio impuesto á las pasiones anárquicas, para dar la palabra á los intereses populares. Es preciso aprovecharnos del orden reconquistado para realzar y ennoblecer el trabajo; para crear en una vasta escala la "previsión social," para sustituir á la limosna, que degrada, la asistencia que fortifica; para fundar en todas partes y bajo todas formas, establecimientos de una naturaleza que tranquilicen al desgraciado, y que alienten y estimulen al trabajador, para dar francamente, en mejoras de todas clases, á los seres que sufren, más, cien veces de lo que sus falsos amigos le han prometido jamás. He aquí cómo debemos utilizar la victoria.

Es indispensable matar el espíritu de revolución, para hacer reaparecer el espíritu de progreso. Es preciso aprovecharnos de la tranquilidad para restablecer la paz —no tan solo la paz de las calles, sino la paz verdadera, la paz definitiva, la paz que echa rai-

ces en los espíritus y en los corazones. Es preciso, en una palabra, que la derrota de la anarquía sea la victoria del pueblo.

He aquí lo que debe hacerse de la victoria y cómo debe aprovecharse.

Y ahora, señores, considerad el momento en que os encontrais. En diez y ocho siglos que llevamos, hemos palpado la nada de muchos ensueños. Las quimeras que permanecían ocultas entre las tinieblas han salido, y la luz las ha iluminado; las falsas teorías han tenido que explicarse, y los sistemas falsos no han podido ponerse en pie. ¿Qué ha producido todo eso? Nada. Muchas ilusiones se han desvanecido entre las masas, y al desvanecerse han hecho rodar las popularidades sin base y los odios sin motivo. El conocimiento y la ilustración vienen poco á poco: el pueblo, señores, tiene el instinto de lo verdadero, como tiene el instinto de lo justo, y tan luego como se tranquiliza, es el buen sentido personificado. La luz penetra en su espíritu, y al mismo tiempo, la fraternidad práctica, la fraternidad que no se decreta, la fraternidad que no se escribe en las paredes, la fraternidad que brota del fondo de las cosas y de la identidad real de los destinos humanos, comienza á germinar en todas las almas, así en la del rico, como en la del pobre. Por doquiera, en las altas esferas, en las bajas, se inclinan todos, los unos hácia los otros, con esa inesplicable sed de concordia que señala el fin de las disensiones civiles.

La sociedad quiere ponerse de nuevo en marcha, despues de este descanso al borde de un abismo. Pues bien, señores, jamas, jamas hubo momento mas propicio, mejor escogido, mas claramente indicado por la Providencia, como éste, para cumplir despues de tantas cóleras y equivocaciones, la grande obra que es nuestra mision, y que puede, toda entera, espresarse en una sola palabra: Reconciliacion.

Señores, la proposicion de M. de Melun tiende directamente á ese objeto.

Hé aquí, en mi concepto, el verdadero y completo sentido de esa proposicion que puede ser todavía modificada y perfeccionada.

Dar á esta asamblea por objeto principal el estudio de la suerte de las clases que padecen, es decir, el grande y oscuro problema propuesto por la revolucion de Febrero; proporcionar á ese estudio cierta solemnidad, y sacar de su observacion todas las mejoras prácticas posibles; sustituir con una grande y única comision de asistencia y prevision públicas, todas las comisiones secundarias que no miran ni atienden mas que los pormenores, y á las cuales se escapa el conjunto; colocar esta comision muy alto, de modo que se la perciba, se la contemple desde todo el país; reunir las luces esparcidas, las esperiencias diseminadas, los esfuerzos divergentes, la abnegacion, los documentos, las investigaciones parciales, los informes locales, todas las buenas voluntades, y crearles un centro,

un centro adonde vayan á dar todas las ideas, y de donde irradien todas las soluciones; hacer salir pieza á pieza, ley á ley, pero con ilacion y armonía, con madurez, de los trabajos de la lejislatura actual, el código coordinado y completo, el gran código cristiano de la prevision y la asistencia pública; en una palabra, ahogar las quimeras del socialismo bajo las realidades del Evangelio;— he aquí señores, el objeto de la proposicion de M. de Melun; he aquí porque la apoyo con toda la enerjía de mis convicciones.

Acabo de decir las quimeras del socialismo, y no quiero retirar esta espresion tan severa como justa. Señores, espliquémonos entretanto. Es decir, que en este conjunto de nociones confusas, de aspiraciones oscuras, de fórmulas incorrectas, de ilusiones irrealizables, de instintos irreflexivos bajo este nombre vago de socialismo, no hay nada, absolutamente nada de verdadero. Señores, si no hay nada de cierto, de verdadero, no hay ningun peligro. La sociedad podria desdeñar ó atender. Para que la impostura ó el error sean peligrosos, para que penetren en las masas, para que puedan llegar al corazon de la sociedad, es preciso que se hagan el arma de un partido.

La verdad muda al error, hé aquí el peligro.

En igual materia, la cantidad de peligro está en razon de la verdad contenida en la quimera. (Movimiento.)

Y bien, señores, lo digo, y lo digo precisamente por encontrar el remedio; hay en el fondo del socialismo una parte de realidades dolorosas de nuestro tiempo y de todos los tiempos (rumores vivos): hay el mal eterno propio á la humanidad; la aspiracion á una suerte mejor, que es muy natural al hombre, pero que se engaña siguiendo este camino, para encontrar en este mundo lo que no puede encontrar en el otro. (Vivas y unánime adhesion.) Hay miserias grandes, imponentes, lastimosas, pero fáciles de remediar. Hay, en fin, y esta es una de las propiedades características de nuestro pueblo, esa disposicion nueva dada al hombre para nuestras revoluciones, que constantemente se encaminan á elevar la dignidad humana y la soberanía popular, de suerte que hoy dia el hombre del pueblo sufre con el sentimiento doble y contradictorio de su miseria, resultado del hecho; y el de su grandeza resultado del derecho. (Muy bien—profunda sensacion.)

Esto es, señores, lo que se contiene en el socialismo, lo bueno que se mezcla á lo malo; lo que le da fuerza, y lo que es necesario quitar (voces numerosas, ¿cómo?), destruyendo lo que es falso y satisfaciendo lo que es justo. (Es verdad.) Una vez hecha esta operacion, hecha concienzuda, leal y honradamente, el socialismo desaparece, y en quitándole lo que tiene de verdadero, le quitais lo que tiene de peligroso.

No es mas que un nublado de errores que

destruirá el primer soplo. (Sensaciones, movimiento en diversos sentidos.) Notad, señores, que no he completado mi pensamiento. Veo en la agitacion de la asamblea que no se me comprende. La cuestion que se agita es grave, la mas grave que puede tratarse delante de vosotros.

Yo no soy, señores, de los que pueden suprimir el sufrimiento en el mundo; el sufrimiento es una ley divina; pero soy de los que piensan y afirman que puede destruirse la miseria.

Notadlo bien, señores; yo no digo disminuir, limitar, circunscribir, yo digo *destruir*. La miseria es una enfermedad del cuerpo social, como la lepra es una enfermedad del cuerpo humano. La miseria puede desaparecer, como la lepra ha desaparecido. Destruir la miseria!! si es posible. Los legisladores y los gobernantes debian cuidar de esto sin cesar, porque en igual materia, mientras no se ha hecho todo lo posible, el deber no se ha cumplido. [Sensacion universal.]

La miseria, señores! Yo entro aquí en el fondo de la cuestion: ¿quereis saber cuál es la miseria? ¿quereis saber en dónde se halla? ¿hasta dónde se estiende? No digo en Irlanda, no digo en la edad media, digo en Francia, en Paris, en el tiempo en que nosotros vivimos: ¿quereis hechos? (Señales de profunda atencion.)

Hay en Paris... (El orador se interrumpe.)
¡Dios mio! No vacilo en citar estos hechos.

Son tristes, pero es necesario revelarlos, y mirad si es preciso decir todo mi pensamiento; yo quisiera que saliese de esta asamblea, y al punto haria la proposicion formal, una grande y solemne esposicion de la situacion verdadera de las clases laboriosas y pacientes de Francia. Yo querria que todos estos hechos brillasen á la luz del dia. ¿Cómo se quiere curar el mal si no hay quien se atreva á sondearle? (¡Bien, muy bien!) Ved aquí los hechos.

Hay en Paris, en esos barrios de Paris que el viento del invierno hiela, calles, casas, cloacas donde familias, familias enteras viven hacinadas; hombres, mujeres, jóvenes de ambos sexos que sin tener para leña ni para cobertores, sin tener mas alimento que esos deshechos en fermentacion que se arrojan en el fango, pasan el dia llorando su miseria y de noche se arrojan confundidos formando con sus cuerpos una masa para escapar del frio del invierno. (Movimiento). ¡He allí un hecho y ved aquí otros! Estos últimos dias uu hombre, ¡Dion mio! un desgraciado hombre de letras, porque la miseria no respeta mas las profesiones liberales que las profesiones manuales, un desgraciado hombre ha muerto de hambre, y despues de su muerte se ha averiguado que no habia comido en seis dias. (Larga interrupcion.) ¿Queréis una cosa mas dolorosa aún? El mes pasado, durante la recrudescencia del cólera, se ha encontrado á una madre y sus cuatro hijos

buscando su alimento en los deshechos inmundos y pestilentes de las carnicerías de Monfaucon. (Sensacion.)

Y bien, señores. Digo que estas son de las cosas que no ha de vencer, digo que la sociedad debe dispensar toda su fuerza, toda su solicitud, toda su inteligencia, toda su voluntad para que tales cosas desaparezcan. Digo que tales hechos en un país civilizado, gravan la conciencia de la sociedad entera; que yo que hablo, me siento cómplice y solidario (movimiento) y que tales hechos no son solamente una ofensa al hombre, sino que son crímenes contra Dios. (Sensacion prolongada.) He aquí el motivo porque estoy convencido, y quisiera poder convencer á todos los que me escuchan de la alta importancia de la proposicion que os he presentado. Esto no es mas que un primer paso, pero es decisivo. Yo quisiera que esta asamblea, mayoría y minoría, no importa, yo no conozco mayoría y minoría en tales cuestiones; yo quisiera que esta asamblea formase una sola alma para marchar á ese grande objeto, á ese objeto magnífico, á ese objeto sublime: la abolicion de la miseria. (¡Bravo! aplausos.)

Y señores, yo no confio solamente en vuestra generosidad, confio en lo que hay de mas sagrado en los sentimientos políticos de una asamblea de legisladores, y á este objeto diré una última palabra y terminaré.

Señores: como antes os dije, vosotros con

el concurso de la guardia nacional, de la armada y de todas las fuerzas vivas de Paris acabais de consolidar el Estado. No habeis retrocedido ante ningun peligro, no habeis dejado de cumplir ningun deber. Habeis salvado la sociedad regular. El gobierno legal, las instituciones, la paz pública, la civilizacion misma. Habeis hecho una cosa inmensa..... Y bien, no habeis hecho nada.

No habeis hecho nada, é insisto sobre este punto, en tanto que el orden material afirmado no tenga por base el orden moral consolidado. ¡Muy bien, muy bien! vivas y unánime adhesion.) Nada habeis hecho en tanto que el pueblo sufre, no habeis hecho nada en tanto que a vuestro alrededor haya una parte de pueblo que desespera. Nada habeis hecho, en tanto que los que están en la fuerza de la edad y que trabajan puedan estar sin pan; mientras que los viejos que no pueden trabajar estén sin asilo; mientras que la usura devore nuestros campos, mientras que se muera de hambre en nuestras ciudades, mientras no haya leyes fraternales, leyes evangélicas, que vengan por todas partes en ayuda de las pobres familias honradas, de los buenos obreros, de los hombres de corazon. (Aclamacion.) Nada habeis hecho en tanto que el espíritu de la revolucion tenga por auxiliar el sufrimiento público. Nada habeis hecho, nada, mientras que en esta obra de destruccion y de tinieblas que ocultamente sigue el malo, tenga por

colaborador al desgraciado. (Profunda sensacion)

Lo veis ya, señores, y lo repito en conclusion; no es solamente á vuestra generosidad á la que me confio, es á vuestra sabiduría, y os conjuro á reflexionar esto.

Señores: es la anarquía la que abre sus abismos y la miseria la que los aumenta. (Es verdad, es verdad.) Ya que habeis hecho leyes contra la anarquía, dad leyes contra la miseria. (Muy bien, muy bien. Movimiento prolongado en todas las bancas.) (El orador baja de la tribuna y recibe la felicitaciones de sus colegas.)

SEÑORES

La revolucion de febrero y por mi parte
pues que parece venida, puesto que es
terminada, buscare todas las ocasiones de
glorificarla en todo lo que tiene de bello y
de magnifico.

La revolucion encierra dos pensamientos
magnificos. El primero ya os lo dije otro
dia, fue elevar hasta la cuspide el orden po-
litico y sustituir la pena de muerte y la sa-
grada fue elevar sucesivamente las mas hu-
mildes regiones del orden social, al nivel de
las mas altas, é instalar la soberania.

Doble y pacifica victoria del progreso, que